

Rincón literario

Campo de Agramante

Editorial Anagrama 4992

José Manuel Caballero Bonald

José Manuel Caballero Bonald nació en Jerez de la Frontera en 1928. Su padre era cubano y su madre pertenecía a una rama de la familia del vizconde de Bonald -el filósofo Iradiconalista francés- radicada en Andalucía desde fines de siglo. Estudió Náutica en Cádiz y Filosofía y Letras en Sevilla y Madrid. Fue profesor de literatura en varias universidades extranjeras.

Ha recibido multitud de premios por su obra literaria, entre los que destacamos el de la Crítica, que ha recibido en tres ocasiones (una como novelista y dos como poeta).

Ganipo de Agramante, publicada en 1992, es una novela que narra las



peripecias de un joven burgués aquejado de «prolepsis» auditiva, esto es, la capacidad de escuchar sonidos que todavía no se han producido. En ella se narra con una precisión y una increíble hermosura verbal el caos de la realidad y el intento siempre fracasado de imponerle un orden a través de las palabras. Entre las andanzas del protagonista destacan algunos pasajes dedicados al bosque, la madera y la industria, que por su fuerza expresiva nos permitimos reproducir a continuación.

Empecé a sentir por esos días, creo que incluso antes de que me levantara, una especie de afición anhelante por las maderas. Nunca me había atraído nada de eso, porquenuca tampoco me había interesado en absoluto aquel negocio. Ahora era otra cosa. Me quedaba oyendo de pronto los gemidos de los niuehles o de las vigas de los peldaños de la escalera, y ese ejercicio inocuo dejó de serlo cuando leí en un libro (creo que de Lewis Carroll) que todas las maderas del niundo soñaban hasta morir de viejas con el bosque del que procedían. Les pasaba como a los pájaros. Aprendí entonces los nombres de los árboles más usados en carpintería y supe que en casa había muebles de roble y de alerce y de haya, y que el mamperlán de los escalones era de pino de Valsaín y las vigas de nogal. Llegué a conocer por las vetas las clases de muchas maderas y sabía distinguir entre la pasmada y la enteriza, o entre la de trepa y la de hilo. A veces me iba al almacén sólo por el gusto de andarentre los tableros y listones que allí se amontonaban. También había un pasadizo entre las hileras de madera en rollo por el que uno podía internarse como por un túnel de aromas agrestes y turbadores.

- Igual que el padre -decía tío Leonardo-. Un palmo más alto, eso sí.

- Cada cosa a su tiempo -añadía mi madre, calculando más discretamente las ventajas de ese parecido.

Insisto en que, a mi, la industria maderera ni me atrajo nunca ni me pareció que fuese un asunto de la incumbencia de mi madre. Incluso me incomodaba resueltamente pensar que un día tendría que dedicarme a llevar un poco todo aquel trajín, cuando ya a tío Leonardo se le acabaran averiando sus buenas disposiciones. Lo único que nie gustaba cada vez más, aparte de los pájaros, era ver funcionar las máquinas cepilladoras y regruesadoras, comprobar la entereza fragante de las maderas ya labradas y ordenadas en el almacén, sentir el tacto tibio de los tablones estufados, buscar las atronaduras y defectos de

las vetas. Pero seguía resultándome ni muy poco alentador el hecho de que alguna vez tuviese que ocuparme de aquel negocio fundado por el abuelo de mi padre y cuya inicial prosperidad había ido menguando con los años. Lo que yo quería ser era ornitólogo.

En una ocasión me llevé a casa una muestra de palo cajá, una tablilla de dulce tono anaranjado que olía a una mezcla de pan caliente y almendra amarga. La guardé en un cajón de la cómoda y aquella misma noche empecé a oír algo que a saber por qué razón identifiqué con el trasiego recóndito de las vetas, como si estuviesen adecuándose a un dibujo distinto del que tenían. Al principio, era un susurro manso, pero al poco

tiempo empezó a derivar en unos pequeños chasquidos, como de latigazos minúsculos y reincidentes. Yo no le presté mucha atención, esa es la verdad, y hasta pensé finalmente que podría ser una carcoma fabricando serrín por alguna interioridad de la cómoda. Pero el soniquete poseía un carácter orgánico que lo aislaba, por así decirlo, de cualquier plausible reconocimiento.

Abrí el cajón de la cómoda y comprobé que la tablilla se había abultado hasta convertirse prácticamente en un tarugo deforme. No de un modo demasiado imposible, desde luego, pero sí con una manifiesta anomalía. Tal vez estaba húmeda y eso había provocado aquella hincha-

zón. Al tacto, la madera tenía una consistencia parecida a la de una tela almidonada y había como un sudor extendido por la cara superior, más abundante tal vez en las aristas. Una cosa que me extrañó bastante, pues era del todo inverosímil que aún estuviese rezumando savia una madera que venía de las Antillas y que habría sido cepillada y secada hacía mucho tiempo.

Puse la tablita sobre la cómoda, junto a la gallareta disecada. La desplacé hacia un lado y la exudación fue dejando una huella untuosa en la encimera. Oí entonces con mayor precisión el crujido, ahora acompañado de unas casi imperceptibles oscilaciones, era más bien como una

palpitación diminuta, una palpitación parecida a la de una burbuja caliente o a la del aleteo nimio de un insecto. Pero no duró más de unos segundos, o eso me pareció. Aparté la mano de la tablilla y todo quedó en suspenso.

(.../...)

Encontré a tío Leonardo por uno de los pasadizos del almacén, dedicado a escarbar con un escoplo en una tabla de alerce. Ya sabía yo que se habían presentado complicaciones en la eliminación de la humedad en aquella madera, una resinosa semidura que había llegado al almacén muy mojada y se había revirado en el secadero.

-Esto no tiene arreglo- me dijo tío Leonardo.

Yo no disponía de ninguna idea sobre lo que se podía hacer con esos tablones ya



en parte dañados. Mis ocupaciones en el aserradero -más bien reducidas a irme familiarizando con el funcionamiento del negocio- no incluían ni con mucho semejantes pericias.

(.../...)

-Habrás que aprovecharlo que pueda escuadrarse- oí decir a tío Leonardo.

Yo me quedé con la vista fija en un nudo de la tabla, un círculo oscuro que se iba enluciendo a medida que se alejaba del núcleo central. De allí tenía que haber arrancado una rama de buen porte, a juzgar por el tamaño de la cicatriz y las fisuras radiales que la recorrían. Pensé: un ocelo vegetal, un gran ojo hipnótico, el falso cerco superpuesto al sistema defensivo del árbol. Me costó trabajo librarme de esa fascinación, que ya se iba dispersando en unas borrosas zonas visuales. La voz de tío Leonardo parecía absorbida por el giro ilusorio del nudo, acrecentándome la presión dolorosa en el fondo de los ojos.

-Para listones -dijo-. O para astillas.

(.../...)

El capitán de un barco maderero le hizo llegar a tío Leonardo, viejo amigo suyo, un recuerdo curioso: unas muestras de secoya y baobab. Yo nunca había visto maderas como ésas, de una tonalidad y unadensidad y un tacto tan prodigiosos. Parecían losetas de cerámica pulimentada, o más bien materias fronterizas entre el vegetal y el mineral. Con el paquete venían una fotografías -anotadas al dorso- de bosques y árboles aislados oriundos de las sierras costeras californianas y las llanuras senegalesas. El capitán, citando a no sé qué misionero doblado de botánico, decía que esos bosques deslumbrantes de secoyas y esos extraordinarios ejemplares de baobabs eran «prototipos diseñados por Dios». Bien podría ser. Unos árboles que alcanzan a vivir más de 2.000 años y cuyos troncos pueden sobrepasar los 100 metros de altura y los 10 de diámetro, no son de este mundo. No son al menos del mundo al que yo puedo referirme.

Le pedí naturalmente a tío Leonardo que me cediera esas

muestras. Y él me las regaló de buena gana. Talismanes o emblemas de un apego maniático, aquí las tengo ahora, suplantando a ese misterioso tarugo de palocajá en que se habían materializado mis primeras y decisivas incongruencias acústicas, poco después de que tío Leonardo me llevara de niño a aquella tala en la pinada de Alcauduz. Ya conté algo de eso (acabé de comprobarlo) al principio de esta historia. No pude, sin embargo, evitar ciertos recelos cuando procedía esa caprichosa sustitución de fetiches. La tablilla de palocajá la olvidé por algún escondrijo y fue como si hubiese infringido una observancia hasta cierto punto inexcusable. De todos modos, la posesión de esas muestras exóticas me reactivó en parte mis viejas y quizá un poco volubles aficiones por las maderas.

La secoya, más incluso que el baobab, no admitía de entrada la penetración de ninguna herramienta ligera. Ciertamente poseía una sequedad muy antigua y que además estaba como vitrificada, pero esa resistencia a un primer intento con la azuela o el formón bastó para que se me acrecentara el interés. Las vetas parecían embutidos de filamentos metálicos y la albura tenía la consistencia inviolable de un fósil. No es que no hubiese podido adaptar a mi gusto la forma de la tablilla, usando la garlopa o cualquier sierra de peso, sino que desistí precisamente porque esa condición pétreo le confería a la madera algo parecido a un rango sagrado. O eso es lo que yo quería imaginarme, aunque no pasara de ser una variante supersticiosa de mi propia credulidad.

(.../...)

Había una luz ya menguada, de trazos cárdenos, cuando llegué a la serrería. Primero noté un silencio que no era debido y luego un reclamo de voces por parte de atrás del almacén. Me acerqué y, en contra de todos los pronósticos, las máquinas estaban paradas. ¿O era, pensé, que una defectuosa audición obstruía entonces

el conducto normal de los ruidos? Jeremías apareció por el extremo de un ringlera de tablones y me habló con una gesticulación que no se parecía en absoluto a ninguna de las que solía usar.

-Un número -dijo entre dos resuellos-. La regresadora le ha rebanado un dedo a Agustín.

Miré para esa máquina y creí ver un reguero de sangre negra goteando del asiento de grasa del cepillo.

-Se lo ha llevado tu tío a la casa de socorro.

-¿Que pasó?

-¿Que qué pasó? La negra -apuntó con una mueca hacia el fondo de la nave-. Estaba cepillando un regueso y se le aflojó la cuchilla.

Fue como si esa desgracia sumara un nuevo agravante a mi propio decaimiento. Uno de los que trabajaba en el almacén se aproximó con una lentitud taciturna. Se llamaba Faustino y era un hombre recio, morado y sañudo, con manos de águila y pies de enterrador. Tenía la boca sumida y la voz bronca y vieja.

-Yo estaba con él -dijo- y, si me permite la expresión, la hija de la gran puta de la máquina se la tenía sentenciada.

Joder, contigo -concluyó Jeremías-. Lo que pasa es que no me hacía caso, mira que se lo advertí.

-No es eso -dijo Faustino-. Yo llevo veintidós años trajinando con estas máquinas y las hay que se portan y las hay que no se portan. Depende.

-¿Depende de qué? -cortó impacientemente Jeremías-. Será del cuidado que se tenga. ¿O es que aquí estamos como quien dice mascando viruta?

Uno de los tresgatos que había en la serrería se afilaba las uñas en un tarugo. Era el más ratonero y, cuando no andaba de caza, se pasaba todo el tiempo sacándole filo a la herramienta. Descubrirlo allí una vez más fue como si se me hubiese intercalado en la memoria un nuevo desajuste, el barrunto tal vez de una ventura incumplida.

-¿Y ese dedo gordo? -dijo Faustino, secándose con dos de los suyos las

comisuras fluentes de los labios- ¿Para qué puñetas le hacía ya falta a nadie ese dedo? Pues fui y lo recogí de encima del cepillo, con toda la mugre que tenía pegada, lo limpié un poco y se lo di a Agustín -se concedió un respiro-, pero Agustín ya no estaba para coger ningún dedo, a ver si me explico, aunque fuera el suyo. Mutilado de por vida.

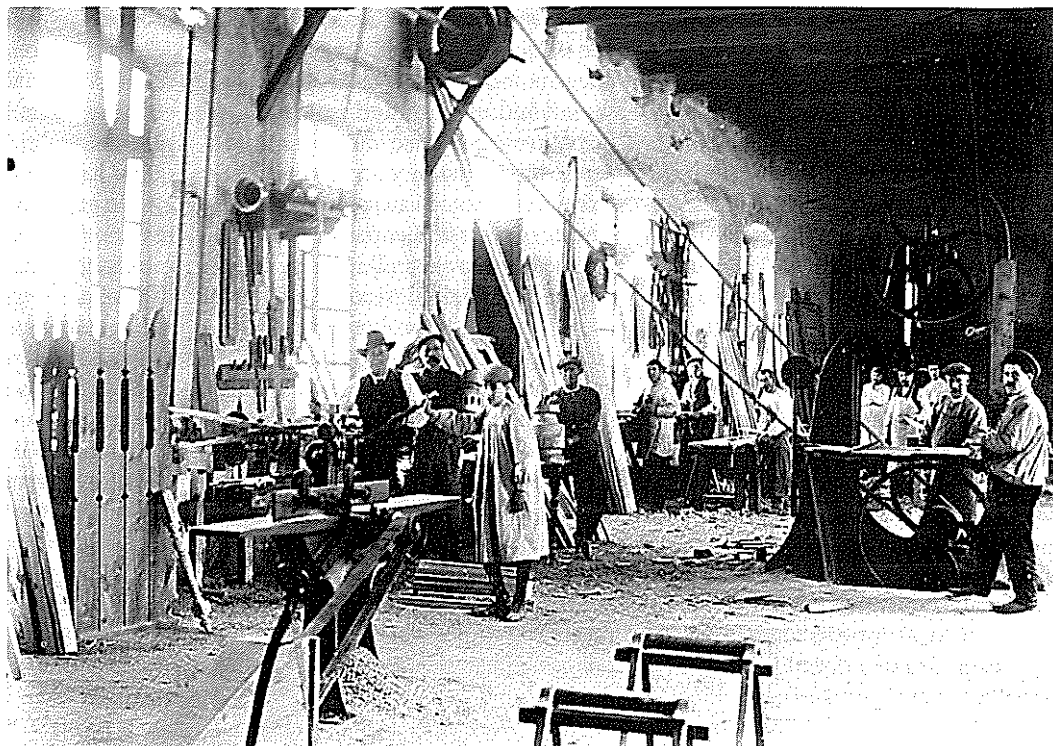
-Déjalo ya, anda, condescendió Jeremías, palmeando la espalda pétrea de Faustino.

Pero Faustino tenía todo el aspecto de querer seguir perorando sobre las máquinas asesinas y las miserias humanas. De modo que Jeremías optó por decirle:

-Avisa que ya pueden recoger].
Vamos a cenar.

(.../...)

Marcela me trajo a la serrería un viejo trozo de madera de calambar o calambac. Yo ya había oído hablar de ese árbol magnífico oriundo de no sé qué recóndito paraje de la India, el también llamado palo de áloe usado a veces para alguna sacrílega labor de taracea. Porque el calambar pertenece a Dios y todo aquel que lo tala o lo labra sin permiso de Dios está inapelablemente condenado a la desdicha y la decrepitud. Pasa un poco como con la araucaria, no con la hermosa familia de coníferas que Montpensier se empeñó en aclimatar tan meritoriamente a las arenosas tierras de Sanlúcar, sino con la que aún subsiste en el Chile austral, empleada por algunas tribus aborígenes como velúculo para comunicarse con sus divinidades protectoras. Hay una llamativa coincidencia: cada peldaño de ramas de estos dos árboles



sagrados (creo que también ocurre lo mismo con la ceiba africana) representa un ascenso místico hacia la cumbre de las revelaciones. Tengo entendido que muchos de los que andan ahora devastando esos bosques fastuosos de calambares y araucarias, han sufrido muy diversas y fatídicas clases de infortunios, todos ellos atribuibles a la ira divina.

El calambar tiene un perfume inolvidable, una especie de mixtura de sándalo y carroña, a lo mejor a lo que más huele es a pira funeraria. Es un olor que persevera aun en los árboles que se empiezan a fosilizar. Marcela me aseguró que ese trozo de madera, que ella había encontrado en el museo doméstico del padre (¿proveniría de un ajuar traído hasta Alcañal por algún poderoso navegante fenicio?), reunía todas las condiciones para hacer las veces de talismán. No me parece ninguna mala idea. Anduve desmontándole en parte la costra de arenisca con un escarpelo, hasta que apareció el color natural de la madera, un color parecido al de la piel de gamuza. Tenía una veta limpia y espaciada, embutida a todo lo largo y,

aparte del gusto táctil, me atrajo mucho su infrecuente densidad, pues cuando lo eché en el agua de un barreño se fue al fondo con más gravedad que cualquier otra madera anegadiza, y me parece que la humedad no lo perturbó en absoluto, antes bien le sacó a flote su más secreto perfume.

Reconozco que al principio no dejé de inquietarme un poco la posesión de esa muestra de calambar, no tanto por su enigmática procedencia como porque me devolvía sinuosamente a otras desazonantes experiencias relacionadas con maderas de parecido linaje. Me acordé sobre todo de aquel voluble tarugo de palo de cajá asociado a mis primeras perturbaciones sensitivas y de aquella otra venerable tablita de baobab que compareció más de una vez, agigantada hasta el espanto, en alguno de mis tormentosos sueños de entonces.

Reproducido con permiso del autor.
José Manuel Caballero Bonald
María Auxiliador, 5
28040 Madrid